

HISTORIA DE UNA CRUZ

POR MIGUEL ANGEL ALVERO BAIGORRI

Si nos dirigimos del pueblo de Echauri a la cumbre de Santa Cruz de Sabil, al ir subiendo por el puerto nos fijaremos en las grandiosas paredes de la sierra, y separadas de éstas veremos una altiva peña que asemeja a un gigantesco castillo, y en su espolón oriental veremos una Cruz que se yergue valiente y decidida al mismo borde del abismo; es una sencilla cruz de hierro forjado, con unas inscripciones, y dos esquilas que el viento hace sonar alegremente.

El origen de esta cruz en la cumbre de la peña, data de tan largos años y es tan curiosa su procedencia como legendaria.

Corría el año 1902 cuando los vecinos José Irujo y Eustaquio Lacunza de Echauri, con Domingo Pello de Ciriza, sienten la curiosidad de conocer la cumbre de la invencible peña y acerca de la cual ya se hablaba que hacía muchos años habían subido a ella dos canteros, que por allí habitaban, de donde le viene el nombre de Peña del Cantero o de los Canteros.

Es esta peña de una verticalidad absoluta, que oscila en el centenar de metros, siendo su parte más accesible por la horquilla que forma con la peña de San Quiriaco; para llegar a su base hay que franquear una grieta de unos sesenta metros de profundidad, pero que de un buen salto se puede cruzar. Una vez pasado este primer obstáculo, se encuentra una gran terraza, y de ésta a la cumbre quedan por salvar 40 metros verticales, de los cuales los primeros son fáciles por su abundancia de agarres; una vez franqueados estos metros se llega a la mencionada horquilla, fantástico balcón en su cara Norte, y es aquí, donde con un valor indomable van acuñando maderos entre las dos paredes y con ayuda de una escalera se van elevando en tan acrobático andamiaje; ya les faltaban pocos metros para llegar a la cumbre cuando, debido a algún falso movimiento, se desprende una peña que sobrepasaría la tonelada y que tan cerca les pasa que, de los 22 peldaños que cuenta la escalera, les arranca cinco de ellos de cuajo, y resquebraja uno de los tablones, sobre los que se asientan, para luego proseguir su loca carrera en el vacío.

Ante tamaño susto, y aconsejado por los vecinos del pueblo que estaban observando desde abajo, deciden dejarlo para mejor momento.

Pero... había que subir a la peña.

Y volviendo a los pocos días, esta vez con más fortuna, consiguen la tan anhelada cúspide, pero al no llegar la escalera en toda la longitud de la pared, tienen que abandonarla, y en escalada libre terminar los últimos metros que les separan de la cima. Una vez arriba, buscan entre los chaparros y encuen-

tran la cruz que ya suponían existía; ésta es de hierro, y lleva la fecha de 1728, y es aquí donde viene el enigma de esta cruz: ¿Por qué la subieron los canteros? ¿Alguna promesa? ¿O el simple deseo de que se alce en lo alto de tan bravía peña? Eso queda en el más completo secreto. Una vez en la cumbre, aprovechan para cortar los pequeños chaparros que allí crecen, teniendo que pasar la noche en la cumbre, y al otro día, después de talarlos, lanzarlos al vacío con los ensordecedores y horripilantes trallazos de una caída de unos cien metros.

Una vez que terminaron de cortar, vuelven a destrepar hasta el andamiaje y de allí a la horquilla nuevamente.

Ya subida dicha cruz no vuelve a ser bajada hasta el año 1947, en que los hermanos Emilio y Braulio Jaunsarás con Benito Andueza, ascienden con una cordada militar y la bajan al pueblo, donde el herrero Calixto Arbizu le coloca una placa con la fecha.

Así pasan los años, y el pasado 1959 asciende una cordada del grupo de escaladores del Club Deportivo Navarra y la bajan para sujetar las esquilas que estaban a punto de caer, siendo ésta la tercera vez que esta cruz es bajada al pueblo, para luego ser de nuevo colocada en la cumbre.

Es este lugar de las peñas del Cantero y San Quiriaco, de una belleza impresionante: Se llega a él desde la carretera en unos minutos de fuerte pendiente. Al pie de la peña se asienta el «Huso», monolito de líneas puras y estilizadas que en sus 35 metros de altura se yergue cual centinela de aquellos contornos; de allí, por la derecha, rodeando la peña y en fuerte subida entre pintorescas y bravías callejas formadas por las rocas, nos adentramos entre un bosque de bojés, que por desdibujado camino se dirige a la ermita, ya en completa ruina y abandono y que en tiempo estuvo dedicada a San Quiriaco, la cual se encuentra en este estado desde hace más de 80 años. Antiguamente existía la costumbre de subir en romería el tercer día de fiestas, que coincide con el día de San Quiriaco, pero esta costumbre, como otras muchas van desapareciendo, para nunca más volver.

Si un día al amanecer nos adentramos en este pequeño bosque, en el que las gotas de rocío brillan como diminutas estrellas, quedaremos maravillados ante estas paredes que verticales y abombadas se yerguen en fantásticos baluartes, y allá en lo alto una cruz que bendiciendo estos campos recibe el primer beso de la luz de la mañana.

Y por esto es por lo que siempre que voy a Echauri y subo a la peña, viene a mí el recuerdo de esta cruz, que con sus brazos parece querer tocar el cielo y con su legendaria historia igualar a la pétreo mole sobre la que se asienta.